



CAPÍTULO VIII.

El día y la noche de la boda.

ERNESTO no vaciló en pagarle al señor juez Don Enrique Valle los honorarios que se cobran por casar á las gentes en su casa. La de Rebeca en la noche de la ceremonia estaba atestada de esas gentes que sin ceremonia asisten á todas las ceremonias; de manera que aquella concurrencia era la de todos los vecinos de la casa que, sin más derecho que el de vecindad iban á ver como se casaba Rebeca.

Hasta Pachita, cargando á su hijo el cojo se había parado á la puerta.

El zapatero, para ser parte integrante, tenía la investidura de testigo de Ernesto. El otro testigo no era el alemán, sino un amigo del Zapatero.

Por parte de Rebeca, uno de sus testigos era don Arcadio, muy conocido en el barrio porque prestaba dinero con un real en el peso y había sacado generosamente de más de cuatro apuros á casi todos los presentes, en varias ocasiones.

También Doña Lugardita López, con todos sus hijos, formaba parte del cortejo que apenas dejaba lugar en la sala, al Juez del Registro Civil y á los novios.

—Hay cosa de pasteles, dijo un muchacho, y se produjo entre los muchos que allí había un movimiento como el de nueces en un plano inclinado.

Efectivamente, apenas concluyó la ceremonia empezaron á circular pasteles y copas de licor. Se sentaron los que pudieron, se retiraron los que lograron pastel y antes de las diez la vivienda de Doña Loreto estaba despejada. Quedaban solo las personas distinguidas (todo es relativo), quiere decir el Padrino, Ernesto, el Zapatero, don Arcadio, don Librado, el español que le daba sandwich á Altagracia y otras gentes formales.

Rebeca pasaba por ese período de aturdimiento propio de los preliminares del matrimonio; era aquel un asunto demasiado grave y demasiado abstracto, para que la pobre inteligencia de aquella pobre niña de diez y seis años pudiera analizarlo. Se dejaba llevar de su alboroto infantil y tenían más importancia para ella el velo, los zapatos y los azahares, que el cambio de estado, la felicidad y el porvenir.

A Ernesto le sucedía otra cosa distinta; estaba impaciente, deseaba á toda costa que acabara de pasar todo; le parecía que el tiempo andaba muy espacio; estaba preocupado, hablaba poco y sólo de vez en cuando cambiaba algunas palabras con el zapatero.

—¿Cómo se siente tu patrón? le había preguntado éste.

—Muy malo, contestó Ernesto.

El zapatero, que tenía una boca muy grande y unos labios muy gruesos; no pudo ocultar que había articulado entre dientes esta palabra:

—¡Magnífico!

El patrón de Ernesto estaba atacado de la tercera pulmonía que le daba en el año; pero en esta vez el tratamiento se había prolongado. Llevaba, pues, Ernesto veinte días de despachar solo la Tenería, precisamente los mismos que llevaba de hacer el papel de

rico. No obstante, según los informes que recibía el patrón por las noches, su casa prosperaba.

A las once se retiraron todas las visitas y Doña Loreto obligó á toda la familia á acostarse para estar listos á las cuatro de la mañana.

El coronel lo tenía ya todo listo; la matanza estaba consumada y molían chile afanosamente más de ocho mujeres en la cocina. No habían dado las cinco de la mañana cuando los hermanos menores de Rebeca despertaron por un fuerte olor á extracto de mil flores con que una vecina comedia que se daba de inteligente en materia de matrimonios rociaba todas las prendas de ropa de la novia, con una minuciosidad cómica; había perfumado las medias, las ligas, las botas de raso, el corsé y toda la ropa. Los muchachos abrían un ojo ávido entre el montón

de trapos que los cubría á todos juntos, y contemplaban el perfil de Rebeca que á la sazón estaba ya peinada, calzada y en corsé, esperando solo el gran vestido blanco que había desalajado de un rincón de la pieza á dos de los muchachos.

Mientras perfumaba ropa la vecina inteligente, conversaba con Doña Loreto, contándole el pormenor de sus dos matrimonios y de cómo en el primero había gastado un pomo de triple extracto de heliotropo, y en el segundo matrimonio dos pomos; de tal manera que, al año, seguía oliendo su ropa.

—A mí me gustan mucho los perfumes. Loretito, porque me dé V. gentes que huelan á cochambre, porque como una lava y guisa y hace tantas cosas en la casa, es necesario... pues, y para casarse... Pues ya le digo á

usted, dos pomos de á diez reales, pero, eso sí, cuando entré á la Santa Veracruz hasta el sacristán abría las narices. Como se lo estoy diciendo á V., Loretito, por muy bien empleados dí mis veinte reales de esencia de heliotropo, que me muero por ella.

Aquí la locuaz vecina se interrumpió para ordenar á una criada que le hirbiera á Rebeca una taza de hojas de naranjo.

Todo esto, lo hacía con cierta petulancia cómica para alardear de mujer entendida en la materia.

Rebeca, no puso objeción, por que se figuró que todo aquello sería del ritual.

—¡Yo también quiero hojas de naranjo! gritó un muchacho.

—¿Tú también te vas á casar?

—No mamá; pero tengo hambre.

Y después de un rato, continuó.

—Pues que ¿para casarse se necesitan hojas de naranjo?

—Calla muchacho, que sabes tú de eso!

—Por eso pregunto.

—Los muchachos mi alma, dijo entre dientes la vecina, oficiosa.

—Los muchachos, repitió Doña Loreto.

A las seis, bajó Rebeca y ya varias vecinas esperaban sentadas en la escalera ó asomaban sus cabezas enmarañadas, entre las dos hojas de las puertas de las viviendas, para ver pasar á la nóvia, que iba del brazo de su padrino, y seguida por Ernesto, Doña Loreto y su marido, el zapatero, la casada dos veces y otras personas entre las cuales había una designada ad-hoc para llevar la cola; apéndice que hace en ciertas novias el mismo efecto que en el pavo real, las enorgullece.

Por supuesto que á todos les gustó mucho Rebeca, y todos, después de haber dado su opinión laudatoria, se quedaron pensativos, desde el momento en que desapareció el cortejo.

La cosa no era para ménos.

La ceremonia religiosa no ofreció nada de notable, y al salir de la Iglesia, la comitiva se disolvió en el atrio, dirigiéndose la familia de Rebeca á su casa, y los novios y el padrino á la fotografía de Valleta, á tomar el consabido retrato en que sobresale lo novia enseñando un pié con zapato blanco, colocada la cola de manera que ocupa todo el ángulo inferior izquierdo, y destacándose en el fondo oscuro como si fuera una sola figura; y á su izquierda el novio, perdiéndose en el fondo negro, vestido de negro, y víctima del diafragma que fué necesario poner á la máquina para que el traje blanco de

la novia saque detalles. En medio de todas esas contrariedades artísticas, está el novio chaparrito, trigueño por añadidura, y víctima también de la velutina de la novia que siempre aparece muy blanca, al grado que si se juzgara de la raza mexicana sólo por las fotografías de novios, parecería que aquí todas las mujeres son blancas y todos los hombres prietos. Para el fotógrafo la novia es lo que importa, para ella es el foco, la luz, el arte, la atención y la estética; el pobre novio es artísticamente menospreciado, es un detalle del fondo, un accesorio como el sillón, la cortina ó la puerta; junto á la cual se supone á la pareja matrimonial, en una actitud en que parece estar diciendo «nos están retratando».

Aquella fotografía costeada por supuesto por el padrino, despues de li sonjear por algún tiempo la vanidad

de los novios, estaba destinada al mismo paradero que la de Pachita; á figurar como el último resto de mejores días, en el último asilo de la miseria.

Entre once y doce ya todos los convidados estaban en la casa del Coronel que olía á mole de guajolote desde la puerta.

Antes de estar *jalado* ya el Coronel estaba sentado junto á la novia que ocupaba su lugar entre Ernesto y el padrino.

Empezó á circular el arroz á la valenciana adornado con tornachiles, chicharos y raciones de pollo, y servido en porciones descomunales como para matar el hambre de golpe.

Siguió la barbacoa con *salsa bor-racha* servida en raciones de campaña. Aquellos carneros no habían sido trinchados. Que lo habían de ser, los habían descuartizado despues de cocidos,

á machete y jalón, de manera que á Rebeca le tocó media pierna, á Ernesto un costillar, y al Coronel media cabeza. Allí fueron los trabajos: Doña Marianita Quijada luchaba con un enorme hueso; la Profesora, estaba haciendo la operación del trépano á un medio cráneo que le tocó, y extraía los sesos de la cavidad huesosa, mientras las violinistas decían en *la agúdo*.

—Á nosotras nos tocó carne maciza.

—Pues á comerla mi alma, que bien lo necesitan les contestó una vieja.

Sin esperar á más, el jovencito aquel de la vecindad, que hacía muy buenos versos, leyó un epitalamio que nadie entendió, y que todos aplaudieron; por que los versos que se leen siempre son aplaudidos al final, como las fermatas de los cantantes.

Como habían de entender aquellos

comedores de barbacoa el epitalamio, cuando el poeta hablaba de espacios siderales y sonrientes, núrajes de ensueños iridiscentes, de favonios de cierzos, de simoún, de espejismos, de clámides de ondas cerúleas, de algas, de náyades y de otra porción de cosas que á los oídos de las mas viejas de la fiesta sonaban por la primera vez.

El Coronel, era todo de la novia, á quien servía con un esmero y un lujo de atenciones, que empezaron á hacer fruncir á Ernesto el entrecejo, hasta le trinchó el Coronel, á Rebeca, su enorme ración de pierna, haciéndole pedacitos y le daba la tortilla mas caliente, y le servia mas salsa y la estimulaba con brindis privados á las libaciones de pulque, y le ofrecía sal y le ofrecía cambiarle de ración, mientras hacía caso omiso de Ernesto, que estaba al otro lado, y no le dirigía la palabra para nada.

A media comida, ya Ernesto había tragado más saliva de la que se necesita para la digestión. Rebeca, tampoco le había dirigido la palabra, y empezaba á sentirse como dicen *embolado*. Pensaba sólo en la manera de llamar la atención de Rebeca hácia él; pero su amor propio se lo impedía.—Bonito papel estoy haciendo; es la primera vez que Rebeca no me hace caso ¡buen principio!... ¡y sigue! ¡está hecha unas pascuas con el padrino! yo no se por que me parece... ya se está acabando el mole y yo estoy aquí hecho el pelicano.

De repente, y fingiendo una amabilidad que mal comprimía su cólera dijo á Rebeca.

—Quieres mas mole?

Rebeca, que tenía su atención fija en el Coronel, que á la sazón le hablaba de sus grandezas, apenas tuvo

tiempo de articular un no, rápido, medio volviéndose á su novio.

—¡Que no tan seco! pensó éste! Es mucho cuento! No le vuelvo á hablar, y cuando estemos solos, le diré cuantas son cinco.

No, porque es bromita y le echan flores, está autorizada para... ¡no faltaba más! Esto sólo á mi me sucede... ¡Y sigue, y sigue, y sigue! Estoy por separarme de la mesa y...

Mientras lo pensaba se empezaron á parar los concurrentes porque la comida había concluído.

El Coronel ofreció el brazo á Rebeca, quien apenas tuvo tiempo para dirigir á Ernesto una mirada cariñosa, que Ernesto quiso responder con otra de odio; pero no le fué posible; el Coronel no cesaba de hablar ni aun sobre la marcha.

Todos se dirigían á una enramada,

bajo la cual estaba la música, y que estaba preparada para bailar.

Comenzó el baile.

El padrino, que no había abandonado á Rebeca, le pidió la primera danza.

Rebeca, antes de contestar, buscó á Ernesto.

No estaba allí.

Rebeca bailó la primera danza.

Usted lector, y yo, que no bailamos, observemos y comuniquémonos nuestras observaciones.

—Note V. esto, lector, aquí nadie sabe bailar.

—¡Cómo!

—Es lo cierto. En toda ciudad culta hay escuelas de baile, á donde concurren diariamente los jóvenes de ambos sexos que se están educando en otras materias, en los colegios, y cuando han acabado su educación están aptos en

el ramo del baile y bailan bien, casi sin excepción.

En México no hay escuelas de baile, y, sin embargo, todos bailan; porque aquí todos somos buenos para todo, y no necesitamos aprender.

Mire V. al Coronel, cuya figura es antagónica de la del bailarín; pesa más de doscientas libras y tiene unos pies más á propósito para marchas forzadas, que para schottisch; patean pero no danzan. Nótelo V., lector, lleva una fatiga como de ataque á la bayoneta, y suda la gota gorda, dobla mucho las rodillas y acaba en esa fatiga que ha emprendido con Rebeca, por causar lástima.

Vea V. á esos jovencitos: aquel que lleva la vista fija en el suelo, como si se le hubiera perdido algo; al que le sigue, que brinca y zangolotea á su compañera; al otro, que lleva distinto

compás que su compañera, produciendo un sube y baja insoportable; aquella señora grande, que no conoce el paso, y que nadie sabe qué irá haciendo con sus pies. Aquella pareja que se estrecha y se junta lo necesario y un poco más; la del vestido verde claro, que sacude su falda con un movimiento perpendicular muy pronunciado; aquella otra muchacha que saca la cabeza entre el hombro y la cabeza de su compañero, para librarse de su aliento; la otra, que se vá ahogando con la aldeida del capitán con quien baila. Eso es en cuanto á posturas, ahora, en cuanto á semblantes, note usted el contraste de fisonomías adustas y de otras tirantes y severas con el ejercicio que practican con el baile, que es la expresión de la alegría, desde el hombre salvaje hasta nuestros días. Véalos V., cada uno se entrega

á una tarea fatigosa, como si se les hubiera impuesto un castigo.

No puede divertir un baile con actores de esta especie, porque ninguno de ellos obedece á la estética del baile.

Dicho lo cual, dejemos á esa turba entregada á su fatigosa tarea que durará hasta el amanecer.

Ernesto había emprendido la de la retirada; pero estaba en absoluta minoría; la profesora, su hermana, no se quería dejar dominar; Doña Marianita estaba muy contenta; el Coronel estaba encantado; el zapatero había encontrado muy buenas compañeras y tenía todavía que bailar muchas piezas; el baile, en fin, estaba en su apogeo, á la vez que Ernesto quería que se retiraran; y como lo veían con su sombrero en la mano, era objeto de comentarios picantes entre los pollos. El mismo za-